

la división de Leval, pues quedaba en el aire en medio de Castilla la Nueva.

Estos tres ejércitos, que todavía en el mes de enero presentaban ochenta y seis mil hombres aguerridos, doce mil de ellos de caballería soberbia, no contaban ya en abril más que setenta y seis mil á causa de la partida de los cuadros y de los hombres escogidos llamados por Napoleón á Sajonia. Su distribución en tres ejércitos ofrecía muchos inconvenientes, pues á pesar de la separación de los jefes, que habían opuesto á la autoridad de José tan funestas resistencias, aún quedaban en los tres estados mayores tendencias al aislamiento, y hábitos de explotar el país cada ejército por cuenta propia, que daban margen á extremados peligros. Probablemente se salvara todo con refundir los tres ejércitos en uno, y con ponerlo á las órdenes de un solo jefe, tal como el general Clausel, tan vigoroso en el campo de batalla como sumiso al estado mayor real, y con reunirle entero entre Valladolid y Burgos, y proporcionarle descanso, y reparar su material, y componer sus almacenes. Desgraciadamente no se hizo nada.

Se dejaron los tres ejércitos separados, porque Napoleón no hubiera visto gustoso en manos de su hermano José la reunión de semejante masa de fuerzas. Así cada estado mayor conservó sus pretensiones, y cuando, por consejo de Jourdan, mandó José á las administraciones de estos tres ejércitos que adoptaran las medidas necesarias para la creación de los almacenes, cada uno rehusó obedecer al estado mayor general.

De París se necesitó una nueva orden, que tardó más de un mes en llegar á Madrid, para obligar á cada uno de los tres intendentes á atemperarse á las intimaciones del intendente en jefe. Así se perdió el tiempo más precioso para hacer los abastos. Finalmente, después de poner á las órdenes del general Clausel tres divisiones del ejército de Portugal para que le ayudaran á sujetar á las bandas, fué menester enviarle otra, y después dirigir otra más hacia Bribiesca, de manera que el general Reille no conservó más que una bajo su mando. Y aún la hubo de distribuir en dos, y situar una de sus brigadas en Burgos y otra en Palencia, detrás de la caballería que guardaba el Esla. De suerte que, si los anglo-portugueses llegaban de pronto, sólo se les podían oponer dos de las tres huestes, y ya quedaba casi anulado el beneficio de la concentración por cuya virtud restablecimos nuestras cosas, después de la infeliz batalla de Salamanca. Compensado fuera en cierto modo el mal de la dispersión, aunque irreparable, si los refuerzos enviados al general Clausel le pusieran en proporción de aniquilar á las guerrillas; pero aquella Vendée española era tan difícil de vencer como la Vendée francesa, y se hacía patente que sin los medios morales y políticos no alcanzaría la fuerza á lograrlo.

Costeando la marina inglesa de continuo las playas de Asturias desde Santander hasta San Sebastián, desembarcando allí armas, municiones, objetos de equipo, comestibles, coadyuvando á la defensa ó al ataque de los puestos marítimos, llevaba á los insurgentes un socorro que duplicaba sus recursos y su audacia. Porlier, Campillo, Mina, Longa, Merino, ora juntos, ora separados, bien informados siempre, evitaban el encuentro de nuestras columnas cuando su número imponía respeto, no las daban alcance sino cuando se dividían para per-

seguirlos, y entonces tenían el arte de juntarse para abrumarlas. En ningún punto habían obtenido ventajas considerables, pero á la vez destruyeron dos batallones, especialmente en Lerín, y aunque el general Clausel tuviera cincuenta mil hombres que oponerles, y dedicara la mayor actividad á perseguirles, por rareza lograba darles alcance, y casi nunca aseguraba las comunicaciones, dado que, para guardar eficazmente los caminos, se necesitara ocupar todos los puntos, y esto era absolutamente imposible. Recuperado había el general Clausel á orillas del mar á Castro, y obligado á la circunspección á los ingleses, y tratado rudamente á Mina, y reavituallado á Pamplona, actos muy meritorios sin duda, si bien de escasa importancia para los negocios generales de la Península. No se necesitaban menos de tres á cuatro mil hombres de escolta para viajar con seguridad de Bayona á Burgos, si el objeto ó el personaje escoltado llamaba la atención del enemigo; y entretanto, para resultado tan tenue, se consumían las fuerzas de las tropas, que eran el único recurso contra los ingleses.

Mientras se agotaban en correrías inútiles de este modo, ya habían transcurrido los meses de abril y de mayo, y llegado era el instante de las grandes operaciones, cuando lord Wellington abandonaba sus acantonamientos. En campaña entraba con cuarenta mil ingleses, veinte mil portugueses y veinticuatro mil españoles, mejor armados y vestidos éstos que de costumbre, y así tenía á su disposición más de noventa mil hombres. Su designio consistía ante todo en hacer que pasara el Esla su izquierda mandada por sir Thomas Graham, y no abordar la línea del Duero, más difícil de ser forzada, con su centro y su derecha hasta que, transpuesto el Esla, se hallara su izquierda á espaldas de los franceses que guardaban el Duero. Ahora marchaba con un parque de sitio, y ya no se exponía á fracasar delante de una obra como el fuerte de Burgos.

Su izquierda ejecutó el día 11 de mayo un primer movimiento, y extendióse á lo largo del Esla. No estando sostenida la caballería del general Reille más que por una brigada de infantería, no pudo mostrarse ni atrevida ni vigilante, y así fué pasado el Esla antes de que tuviera tiempo de saberlo ni de impedirlo. No se apresuraron los ingleses á empujarnos vivamente, porque un ala no quería marchar sin la otra, y sólo el 20 de mayo se dirigió lord Wellington con su derecha sobre Salamanca y el Tormes. Señalado fué el 24 al general Gazán, como avanzando á la cabeza de fuerzas considerables.

El ejército francés que debiera estar concentrado y listo en los alrededores de Valladolid desde el 1.º de mayo, se veía sorprendido en la situación más funesta. Sin duda, de ser el mariscal Jourdan más joven y José más activo y resuelto, no sufriera que las cosas quedaran en el estado en que iba á hallarlas el enemigo. Así, á pesar de la extremada dificultad de las noticias en España, trataran de estar más al corriente de los movimientos de los ingleses; á pesar de las órdenes del emperador, que en suma tenían más carácter de instrucciones, al aproximarse el peligro, pudieran volver á llamar á las divisiones del ejército de Portugal prestadas al general Clausel y aun atraer á éste en persona, como el solo capaz de mandar en jefe durante una gran bata-

lla, ó al menos concentrar más los ejércitos de Andalucía y del centro y el resto del de Portugal; finalmente, á pesar de la resistencia de las administraciones particulares, que era menester destruir en caso necesario, pudieran crear en Burgos los almacenes sin los cuales no había medio de operar libremente en semejante territorio. Pero disgustado Jourdan del régimen imperial, cuyos abusos tocaba tan de cerca, de una guerra, cuyas funestas consecuencias tenía de muy atrás vaticinadas, resintiéndose ya de los efectos de los años, retenido por su amor á José tan sólo, y no aspirando más que á volver á Francia, se limitaba á señalar con muy raro buen seso las faltas que iban á ser cometidas, sin comunicar valor á José para precaverlas. Juzgando José con discernimiento el vicio de las cosas, sabía á menudo irritarse contra su hermano y jamás desobedecerle, ni obrar como general y como rey con la autoridad de su investidura, y por lo cual no se le castigara á la postre. Jourdan se consolaba sobradamente de cuanto veía con el no disimulado desprecio de un hombre honrado, José se desconsolaba, pero las cosas no dejaban de seguir su curso feliz á veces, con más frecuencia infausto, y que debía parar en desastroso antes de mucho.

Así lord Wellington, en marcha desde el 11 de mayo por su izquierda y desde el 20 por su derecha, halló al ejército de Andalucía dispersado de Madrid á Salamanca, al del centro de Segovia á Valladolid, al de Portugal de Burgos á Pamplona.

Ningun cuidado urgía tanto como el de llamar de Madrid á la división de Leval y hacer que volviera á pasar el Guadarrama para dirigirse á Valladolid. Esto pudiera mandar el general Gazán sin demora, pero como se trataba de abandonar la capital definitivamente, creyó de su deber marchar á Valladolid para enterarse con su monarca. De esta suerte se perdieron dos días, hasta que desde Valladolid se prescribió la evacuación el día 25 de mayo. Al mismo tiempo envióse á todas las tropas de las líneas del Duero, del Tormes y del Esla, la orden de retrogradar despacio á fin de dar lugar á que la división de Leval se replegase, y como para apoyar su caballería á lo largo del Esla no tenía el general Reille más que una de las dos brigadas de la división de Maucune, se le prestó una de las divisiones del ejército del centro, la del general Darmagnac. Con el fin de recoger á la división de Leval, se dejó escalonado el resto del ejército del centro sobre Segovia. El ejército de Andalucía, el más entero de los tres, se hubo de retirar de Salamanca á Tordesillas, cediendo el terreno poco á poco, para que todas nuestras tropas dispersas tuvieron tiempo de concentrarse. A estas providencias, dictadas por la situación, se añadió otra, y fué la de avisar al general Clausel de la aproximación de los ingleses y pedirle las cinco divisiones del ejército de Portugal, y comprometerlo á acudir con algunas tropas del ejército del Norte, á fin de que se pudiera oponer á los ingleses por lo menos ochenta mil hombres. Finalmente, se escribió al ministro de la Guerra Clarke, para enterarle del estado de las cosas y estrecharle á que por su parte mandara la concentración de las fuerzas. Solo este ministro en París, desde la partida de Napoleón á Alemania, no sabía más que repetir sus órdenes sin discernimiento, reducidas como objeto esencial á restablecer las comunicaciones con Francia, á seguir señoreando ante todo las provincias del Norte, y á tomar respecto de Portugal una actitud ofensiva para desviar á los ingleses de toda tentativa contra las costas de Francia. Ni aun temió ordenar algunos días antes de la aparición de los ingleses el envío á Aragón de otra de las divisiones del ejército de Portugal, para mantener las comunicaciones con el mariscal Suchet. No había, pues, que esperar gran socorro del duque de Feltre. El único servicio que podía prestar por su parte era el de transmitir al general Clausel el anuncio de la marcha de los ingleses, lo cual no era insignificante, dado que al cabo de todo lo que se había hecho para comunicarse en seguridad con el ejército del Norte, no se podía responder de conseguirlo antes de tres ó cuatro semanas. Por lo demás, el general Clausel era tan buen compañero de armas, y tan perfectamente comprendía la importancia de batir á los ingleses que, así que recibiera el aviso, no dejaría de enviar las divisiones del ejército de Portugal, y de acudir personalmente con las tropas disponibles del ejército del Norte.

Por fortuna, para los primeros días de la campaña se las habían con un enemigo sólido, si bien circunspecto, y no era empresa fácil la de desconcertar á nuestros soldados tan valerosos como bien dirigidos. El general Reille recogió su caballería, retiróse en buen orden sobre Palencia, y con la división de infantería de Maucune, única que le quedaba, con la división de Darmagnac, que le había sido prestada, puso á cubierto el camino de Valladolid á Burgos, línea de retirada del ejército. Situado el general Villatte junto al Tormes, defendiólo valerosamente y hasta en demasía, porque, si era útil retardar al enemigo, se resentía de peligroso aspirar á detenerle, y así perdió algunos centenares de hombres, aunque no sin hacer que perdieran muchos más los ingleses. Merced á esta actitud y á la prudente lentitud de lord Wellington, pudo el general Leval evacuar á Madrid y repasar sano y salvo el Guadarrama, llevando consigo las últimas reliquias de nuestro establecimiento en la capital española. En Segovia se juntó al ejército del centro. Véanse las posiciones que se ocupaban el 2 de junio: entre Rioseco y Palencia se hallaba el general Reille con su caballería y sus dos divisiones; con cuatro estaba el ejército de Andalucía en Tordesillas, junto al Duero, y finalmente, el ejército del centro en Valladolid con una división francesa y otra española. Todos ascendían á cincuenta y dos mil hombres poco más ó menos, en vez de los sesenta y seis mil que pudieran hallarse juntos, si no se renunciara tan pronto á las ventajas de la concentración por el quimérico proyecto de la destrucción de las bandas.

Una vez agrupados en torno de Valladolid se podían abrazar tres partidos: primero, detenerse y dar batalla de seguida con cincuenta y dos mil hombres contra noventa mil enemigos, lo cual pecaba de imprudente y de prematuro, proporcionando la eventualidad de recuperar una ó muchas divisiones del ejército de Portugal cada paso que se diera á retaguardia; segundo, retirarse sobre Burgos, y luego sobre Miranda y Vitoria, hasta unirse al mismo ejército del Norte, lo cual era sencillo y poco azaroso; tercero, no abandonar la línea del Duero, maniobrar junto á sus orillas, remontándolo transversalmente hasta Aranda y aun hasta Soria, desde donde por un camino que el mariscal Ney había segui-

do el año de 1808 se fuera á caer entre Tudela y Logroño, esto es, sobre Navarra, cabalmente en el punto donde se tenía seguridad de encontrar al general Clausel y aun al mariscal Suchet, en el caso de que sucesos extraordinarios exigieran la concentración general de todas nuestras fuerzas, plan harto atrevido en apariencia, si bien en realidad el más seguro. Tomados en consideración y discutidos fueron los tres proyectos. Nadie estuvo por batirse al momento con cincuenta y dos mil hombres en contra de noventa mil enemigos, cuando cabía lisonjearse de tener más á medida que pasaran días. No se desconoció el mérito del tercer plan consistente en remontar el curso del Duero hasta muy cerca de Navarra, pero juzgóse temerario y complicado, y sobre todo se le halló el defecto de abandonar el camino de Bayona y de prescindir del cuidado de las comunicaciones tan recomendado por las instrucciones de París, como si nunca osara cruzar un ejército inglés los Pirineos, dejando un ejército de ochenta mil franceses á la espalda y de ciento cincuenta mil incluyendo al mariscal Suchet. Por estas diversas razones fué el segundo plan preferido, el que consistía en retirarse tranquilamente sobre Burgos, escribiendo cartas unas tras otras para atraer las divisiones prestadas al general Clausel, si no todas, al menos las que recibieran en tiempo útil el aviso que se les despachaba.

De consiguiente, se empezó la retirada, y después de Madrid hubo que abandonar á Valladolid, esta segunda capital recién creada en Castilla la Vieja. Se enviaron por delante el material, los enfermos, los heridos y los afrancesados, y la marcha tuvo que ser muy lenta. Mal aprovisionadas las tropas, viéronse obligadas á extenderse para buscar comestibles, cosa que hacía la retirada poco segura. Por dicha teníamos diez mil hombres de caballería excelente, no era emprendedor el enemigo, y hubo posibilidad de retirarse sin accidente infausto. Aguardando lord Wellington la fortuna, sin correr nunca detrás de ella, harto se le alcanzaba que había que venir á una batalla general y se resignaba á este trance, si bien con la resolución de no pelear más que sobre un terreno favorable, según su costumbre, y hasta que llegara la hora crítica le contentaba al parecer un solo resultado, el de empujarnos hacia los Pirineos. Con este designio llevaba siempre por delante su izquierda procedente de las fronteras de Galicia, de modo de amenazar nuestra derecha, entendiéndose todo con la espalda vuelta á los Pirineos, y de determinar así nuestros movimientos retrógrados más pronto. No se comprende cómo este general tan sensato se apresuraba á empujarnos sobre nuestros refuerzos y no se decidía á darnos alcance, cuando, en vez de setenta mil soldados, sólo teníamos cincuenta mil que oponerle.

A las inmediaciones de Palencia llegó el 6 de junio, y un reconocimiento practicado por José y Jourdan reveló completamente esta disposición de los ingleses de llevar de continuo su izquierda reforzada sobre nuestra derecha. Se siguió marchando sobre Burgos el día 7, y se fué á tomar la posición de Castrojeriz, entre el Pisuerga y el Arlanzón, delante de Burgos. No permitiendo la escasez de las subsistencias que esta posición se conservara tanto tiempo como se deseara, hubo que replegarse sobre Burgos el día 9. El general Reille con las divisiones de Maucune y de Darmagnac se estable-

ció junto al Hormaza, el general Gazán detrás de Urbel á caballo sobre el Arlanzón con el ejército de Andalucía, y el del centro en lo interior de Burgos.

Por falta de víveres se había tenido prisa de llegar á este punto, y por falta de víveres se hacía también forzoso partir de allí sin tardanza. Acumulados en Burgos los numerosos convoyes de enfermos, de expatriados, de conductores de artillería, habían devorado los almacenes poco considerables que en esta ciudad se habían formado, y apenas podían subsistir algunos días las tropas. De nuevo se encaminaron estos convoyes sobre Miranda y Vitoria, y una vez adoptada la resolución de retroceder hacia los Pirineos, erróse en no enviar todo lo que estorbaba á Bayona, á fin de dejar al ejército completamente desembarazado. Se hizo descansar algunos días á las tropas, con el objeto de consumir las subsistencias aún restantes, y de ganar tiempo que se necesitaba para la concentración de las fuerzas, pues cada día que transcurría aumentaban las eventualidades de unirse al general Clausel. Además en Burgos se halló la división de Lamartiniere, que era la más numerosa del ejército de Portugal y una de las prestadas al ejército del Norte. Cerca de seis mil hombres más proporcionaba al general Reille, lo cual permitió devolver al ejército del centro la división de Darmagnac, que se le había tomado temporalmente.

Nueva razón era ésta para acercarse al Ebro y llevar el movimiento retrógrado á mayor distancia, porque si no se recuperaban todas las divisiones enviadas al general Clausel, posible fuera juntar una ó dos cuando menos, y semejante refuerzo era de una importancia decisiva. A mayor abundamiento escaseaban los comestibles, y no había otro recurso que ir á alimentarse más lejos. Aquí se suscitaba por segunda vez la cuestión de saber si convenía seguir por el camino real de Bayona para ser fieles á las órdenes que tanto habían recomendado el cuidado de las comunicaciones con Francia, ó si se operaría un movimiento transversal para desembarcar junto al Ebro en Logroño, en vez de llegar allí por Miranda, cosa que hacía la reunión con el general Clausel casi infalible. Sin ninguna de las objeciones que había provocado al principio, se renovaba así el plan desechado en Valladolid y consistente en ir á Navarra por Soria con el fin de juntarse al general Clausel más de seguro. Al presente era el rodeo que había que dar de tan escasa importancia, y de interés tan capital la certidumbre de la incorporación al general Clausel, que operaba en el territorio navarro, que apenas se concibe la resistencia á proposición semejante. Los generales Reille y de Erlón la apoyaron mucho; pero el rey José y el mariscal Jourdan, menos inspirados que de costumbre, dominados sobre todo por las instrucciones de París repetidas á cada correo, temieron en descubrir las comunicaciones con Bayona, y persistieron en marchar á Miranda y Vitoria en derechura. Tan sólo, no teniendo noticias del general Clausel, envióse ahora bajo la escolta de mil quinientos hombres un aviso para enterarle de la llegada del ejército hacia Vitoria. De consiguiente prosiguióse retrogradando sobre el Ebro por Briviesca, Pancorbo y Miranda.

Viendo el general Reille á los ingleses probar de nuevo el 12 de junio á rebasar nuestra derecha, y repetimos que se entienda con la espalda vuelta á los Piri-

neos, les quiso obligar á que desplegaran sus fuerzas y se mantuvo detrás del río Hormaza. Cerca de veinticinco mil hombres presentaron los ingleses; pero el general Reille maniobró con tanto vigor y aplomo, á pesar de no tener la mitad de esta suma, que les mató de trescientos á cuatrocientos hombres, sin que perdiera por sí más de cincuenta, y volvió á pasar el río Hormaza y aun el Arlanzón en un orden perfecto. Se veía claro que, sin mostrarse impacientes los ingleses por darnos batalla, nos querían constreñir á pesar de todo á cederles terreno, rebasando siempre una de nuestras alas. Al cabo determinóse el 13 de junio á marchar de Burgos, y como se sabía que lord Wellington venía provisto para esta campaña de un tren de sitio considerable, y como no convenía privarse de dos ó tres mil hombres para que se quedasen en Burgos sin esperanza de recuperarlos, se acordó hacer saltar la fortaleza que nos fué el año anterior de tan gran servicio, y que se entregasen al par á las llamas las municiones de que estaba llena y no pudieran ser trasladadas á otro punto.

Mientras marchábamos el 13 sobre Briviesca, melancolizóse el ejército de resultados de una explosión espantosa, triste signo de una retirada sin esperanza de retorno, y por la retaguardia se supo que, aun ejecutada esta operación con las precauciones necesarias, produjo en las tropas y sobre todo en la ciudad estragos de bastante monta. Llegóse el 14 á Briviesca, el 15 á Pancorbo, el 16 á Miranda. Ya aquí se estaba á las márgenes del Ebro, y dando un paso más, en Vitoria y á la misma falda de los Pirineos. Por su izquierda había avanzado el enemigo hasta Villarcayo, continuando su manobra acostumbrada de rebasar nuestra derecha. Al mismo tiempo se supo que, á la primera noticia de la aproximación de los ingleses, se apresuró el general Clausel á enviar al ejército la división de Sarrut que acababa de recoger en el camino, la división de Foy que aún estaba sobre el respaldo de los Pirineos entre Mondragón y Tolosa, y que personalmente avanzaba por Logroño remontando el Ebro con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal y con otras dos del ejército del Norte. Se le aguardaba en Logroño para el 20 de junio.

Llegada era la hora de ejecutar un movimiento tan sencillo como el de descender á orillas del Ebro desde Miranda hasta Logroño, lo cual produjera un rodeo de muy pocas leguas y asegurara la unión al general Clausel de una manera positiva. Pero preocupaba á José y á Jourdan más que nunca la vía recta por Vitoria á Bayona. Temióse no sólo descubrirla bajando el Ebro hasta Logroño, sino también no protegerla suficientemente permaneciendo en el camino de Miranda á Vitoria, porque podía el enemigo cruzar las montañas algo más arriba de Villarcayo, trasladarse á Bilbao por Orduña, avanzar de Bilbao á Tolosa, y cortarnos así el camino de Bayona. Para evitar este peligro quería el mariscal Jourdan conducir el ejército de Portugal por Puente-Larrá sobre Orduña á fin de cerrar el desemboque por donde el camino de Vitoria á Bayona pudiera ser interceptado. Únicamente la obstinación del ministro de la Guerra en reproducir las primeras órdenes de Napoleón engendraba ese fatal pensamiento, que privara á José de las tres divisiones del general Reille hasta que se transpusieran los Pirineos y tornara á co-

locar al ejército, aún después de unido al general Clausel, en el peligroso estado de inferioridad numérica en que se hallaba ahora. Por supuesto que no se debía esperar que los ingleses nos dejaran transponer los Pirineos sin darnos batalla, aunque al parecer no abrigasen otro designio que el de hacernos evacuar la España. Propenso estaba el mariscal Jourdan á no suponerles otro intento, y fuerza es confesar que su habitual conducta daba crédito á opinión semejante.

Se permaneció el 17 en Miranda para proporcionar descanso á las tropas. Sin embargo, convenía abrazar un partido á causa de la imposibilidad de continuar más tiempo en aquel paraje, dando lugar á que el enemigo nos tomara la delantera en las varias gargantas de los Pirineos. Siempre habían existido en el estado mayor dos dictámenes distintos del todo, consistente uno en dirigirse lo más pronto posible y mediante un movimiento transversal sobre Logroño y Navarra, á fin de unirse al general Clausel, sin hacer caso alguno del movimiento de los ingleses sobre nuestra derecha, porque no podían pensar en transponer aquellas montañas ínterin no ganaran una batalla decisiva en nuestra contra; y dirigido, al revés, el otro á fijar atención extrema en el movimiento con que amenazaban los ingleses nuestras comunicaciones, y á contrariarlo no abandonando el camino real de Bayona, y llamando allí al general Clausel, á quien además se tenía esperanza de ver llegar de un instante á otro. Del primer dictamen participaban el general Reille y el conde de Erlón, y del segundo el rey José y el mariscal Jourdan, dominado por las órdenes de París fatalmente.

Vivísimo fué el conflicto entre las dos opiniones en Miranda, siendo llegado el momento de optar por el uno ó por el otro. Sostenía el general Reille que, habiéndose hecho anunciar el general Clausel junto al Ebro en los alrededores de Logroño, convenía bajar á este punto para unirsele en seguida, y que toda consideración debía ceder ante el interés grande de la concentración de nuestras fuerzas, repitiendo como siempre que no era una amenaza seria el movimiento con que los ingleses aspiraban á rebasarnos, ínterin no nos batiéran formalmente. Por el contrario, el rey José y el mariscal Jourdan temían más que nada el movimiento que, trasladando á los ingleses por Orduña sobre Bilbao y Tolosa, los situara entre nosotros y Bayona, al respaldo de la gran cordillera de los Pirineos. Además el convoy donde iban nuestros enfermos, nuestros heridos y los expatriados españoles, se hallaba en Vitoria, y bajar á Logroño equivaldría á dejarlo al descubierto y á entregárselo al enemigo. Últimamente, el general Clausel, á quien se había citado para Vitoria, podía muy bien encaminarse allí sin ir á Logroño, y quedara tan comprometido como el convoy en este caso.

Fuerza es convenir en que, aun siendo mejor el dictamen del general Reille y del conde de Erlón, según se verá en breve, había perdido su mérito aparente desde que el convoy fué enviado á Vitoria, y desde que se previno al general Clausel que se dirigiera á este punto, pues aún sin participar del recelo de ser rebasados por Orduña, el peligro de dejar al descubierto el convoy y aun acaso al mismo general Clausel con bajar oblicuamente hacia Logroño, ofrecía muy especioso motivo para continuar marchando directamente sobre

Vitoria, y no cabe censurar á José y á Jourdan por haber persistido en su opinión primera, sobre todo teniendo en cuenta las órdenes de París, que les imponían el deber imperioso de velar por las comunicaciones con Francia.

No se limitaron José y el mariscal Jourdan á adoptar la marcha directa sobre Vitoria, antes bien quisieron tranquilizar su espíritu de plano en punto al peligro de ser rebasados por Orduña y Bilbao, y ordenaron al general Reille que fuera por Puente Larrá á Osma, por Osma á Orduña y á Bilbao, mientras el resto del ejército avanzaba inmediatamente sobre Vitoria. Aquí se esperaba que el general Clausel se uniera, ganando de este modo más de lo que con la partida del general Reille se perdía, y que por todas partes se opondría una barrera de hierro al enemigo, tocando así con los generales Gazán, de Erlón y Clausel en los Pirineos y teniendo sobre el respaldo de estos montes al general Reille para precaver un movimiento giratorio. Pero al adoptar semejantes disposiciones, conviniera comunicarle al general Clausel de otra manera que por conducto de paisanos ó de oficiales destacados: por medio de un regimiento de caballería, arma de que se tenía mucha más fuerza que la que podía emplearse, conviniera dirigirle á Logroño hasta la indicación de la verdadera cita, y expedir órdenes positivas para acelerar la partida del convoy de Vitoria, á fin de no tropezarle en el camino y de no caer en una confusión peligrosa (1).

Ni José ni el mariscal Jourdan carecían nunca de seso y de juicio; pero, según hemos dicho en otra parte, les faltaba absolutamente la actividad que multiplica las precauciones, que jamás se fa en las órdenes dadas una vez sola, esa actividad que emana de la juventud y del ardimiento extremado. Determinaron, pues, que el general Reille se encaminara con las fuerzas que tenía del ejército de Portugal sobre Osma, y que los generales Gazán y de Erlón marcharan con los ejércitos del centro y de Andalucía sobre Vitoria, sin tomar por desdicha ninguna de las precauciones que acaban de ser indicadas.

En movimiento se puso el general Reille el día 18 con las divisiones de Sarrut, de Lamartiniere y de Maucune sobre Osma. Pero, apenas en marcha la última de ellas, vióse acometida por una nube de enemigos, de los cuales no se libró sino á fuerza de presencia de ánimo y de energía. El general Reille llegó á Osma y halló numerosas tropas hacia Barbarrosa, ya apostadas en todas las avenidas de las montañas y no permitiendo aproximarse á ellas. Españoles eran del ejército de Galicia, que nos habían tomado la delantera para ocupar los pasos de los Pirineos. Se pudiera creer á tenor de las conjeturas de José y del mariscal Jourdan que iban á transponer los Pirineos por Orduña, á fin de cortar el camino de Bayona; pero no era tal su designio. Sólo querían precedernos junto á la falda de las montañas, para establecerse en posiciones dominantes hacia nuestro flanco, si nos resolvíamos á dar una batalla defensiva

(1) Nos permitimos indicar estas medidas como las que deberían ser adoptadas, porque generalmente se ha censurado después á José y al mariscal Jourdan á causa de no haberlas tomado, y porque además el simple buen juicio basta para conocer la conveniencia y la necesidad de ellas. (N. del A.)

con la espalda apoyada en los Pirineos, ó llegar cuando más antes que nosotros á la cuesta de Salinas para mermarnos primero que volviésemos á ganar la frontera de Francia.

Viendo el general Reille interceptado el camino de Orduña, renunció fácilmente á una operación que censuraba, y decidióse á volver por un movimiento oblicuo al camino real de Miranda á Vitoria. Por su parte José había levantado el campo la noche del 18 al 19 de junio para dirigirse á Vitoria, y nuestros cuerpos de tropas se hallaban en plena marcha sobre esta ciudad el 19 por la mañana. Vitoria, situada á la falda de los Pirineos hacia la vertiente española, se alza en medio de una hermosa llanura circuida por todas partes de montañas. Si se toma posición con la espalda vuelta á los Pirineos, se tienen á la derecha el monte Arrato, que la separa del valle de Murguía, delante la sierra de Andía, y finalmente á la izquierda las alturas por entre las cuales pasa el camino de Salvatierra á Pamplona. Un riachuelo, llamado el Zadorra, fecundiza toda esta llanura, corriendo primeramente á lo largo de los Pirineos donde nace, torciendo luego á la derecha al pie del monte Arrato, y escapándose finalmente por un desfiladero muy angosto á través de la sierra de Andía.

Al venir el grueso de nuestra hueste de Miranda y de las márgenes del Ebro recorría el camino real de Bayona, que penetra directamente en la llanura de Vitoria por el desfiladero que sigue el riachuelo Zadorra para salir de ella. Aquí llegaba el general Reille oblicuamente, introduciéndose por las diversas gargantas del monte Arrato. Nos pudiera preceder en este punto y ocupar antes que nosotros la llanura de Vitoria el cuerpo con que lord Wéllington había procurado siempre rebasarnos, compuesto de españoles y de ingleses, si el general Reille, que por su movimiento lateral le era opuesto, no le contuviera todo el día 19, defendiendo vigorosamente el terreno palmo á palmo. De hecho el movimiento prescrito al general Reille, é inútil en cuanto al objeto ideado al principio, tuvo no obstante consecuencias felices, pues no preservándonos del peligro quimérico de ver interceptado el camino de Bayona más allá de los Pirineos, nos libró del que ofrecía hallarle cortado más acá de resultados de la ocupación del llano de Vitoria. Nuestros tres ejércitos se encontraban juntos sin ningún accidente el 19 por la noche.

Ya urgía fijar las resoluciones. No era de presumir que lord Wéllington nos dejara transponer los Pirineos sin darnos batalla, porque una vez llegados á la gran cordillera, apoyados en sus alturas, emboscados en sus valles, no éramos ya abordables, y concentrados además sin habérsenos acometido, podíamos caer sobre el ejército inglés con ochenta mil hombres y anonadarle. Una falta gravísima había cometido lord Wéllington á estas horas, consintiéndonos ir tan lejos sin darnos alcance y proporcionándonos de este modo tantas eventualidades de unirnos al general Clausel; pero no era de suponer que la continuara cometiendo. Se debía, pues, aguardar como cercana una batalla, á no abandonar en seguida á Vitoria para transponer la cuesta de Salinas y bajar en dirección del Bidasoa; pero este partido se hacía punto menos que imposible. Volver á pasar los Pirineos sin combate equivalía á huir vengonzosamente

delante de aquellos á quienes algunos meses antes se había puesto en fuga cerca de Salamanca; equivalía á abandonar al general Clausel á los mayores peligros, pues se le dejaba solo en el respaldo de los Pirineos; equivalía á dejar también comprometido, si bien no de una manera inmediata, al mariscal Suchet con todas sus fuerzas desparramadas desde Zaragoza hasta Alicante. Así el honor militar, la salvación del general Clausel, la seguridad del mariscal Suchet, todo vedaba que se volvieran á pasar los Pirineos, y se necesitaba pelear á su falda, esto es, en la llanura de Vitoria, adonde el general Clausel debía acudir con sus tropas. Si éste llegaba á tiempo, se podían juntar por lo menos setenta mil combatientes, y más todavía si el general Foy, que se hallaba entre Salinas y Tolosa, se presentaba igualmente con la división del ejército de Portugal puesta bajo su mando. De consiguiente había probabilidad de batir á los ingleses, no siendo más que cuarenta y siete ó cuarenta y ocho mil soldados, aun cuando formaran una masa de noventa mil hombres con los españoles y los portugueses. No obstante podía acontecer que el general Clausel no llegara al punto, y que hubiera que esperarle uno ó dos días. En este caso se necesitaba ponerse en actitud de hacer cara á los ingleses hasta que el general Clausel llegase, y escoger para lograrlo esmeradamente el terreno y tomar las precauciones oportunas para defenderlo con ahínco. Aquí era menester una vigilancia que por desgracia se había echado siempre de menos en la dirección de estas tropas.

De las seis divisiones del ejército de Portugal se tenían tres al presente, la de Maucune, que no se había separado del ejército hasta entonces, y las de Sarrut y Lamartiniere, que se habían incorporado en el camino: otra, la del general Foy, estaba en el respaldo de los Pirineos; y las dos restantes, de los generales Barbot y Taupin, se hallaban aún al lado del general Clausel, que las traía reforzadas por otras dos del ejército del Norte.

Con las divisiones del ejército de Portugal ya recuperadas, con los ejércitos del centro y de Andalucía, se contaban sesenta mil hombres sin las pérdidas de la retirada. Pero, aun no dándose combates formales, se habían perdido á causa de enfermedades, del cansancio y de la dispersión, de tres á cuatro mil hombres. No quedaban por tanto más que de cincuenta y seis á cincuenta y siete mil combatientes, y había que distraer parte de ellos para escoltar el convoy que no se podía mantener en Vitoria; de modo que no quedaban más que unos cincuenta y cuatro mil hombres (1). Pelear con semejante inferioridad numérica, era dejar muchas eventualidades á la mala fortuna; pero como la elección no dependía de la voluntad propia, como antes de que llegara el general Clausel podía acometernos el enemi-

(1) En las Memorias del mariscal Jourdan, recién impresas con las del rey José, se hallan guarismos algo diferentes; pero el mariscal, sin embargo de su veracidad habitual y extremada, disminuyó bastante las fuerzas de los franceses para atenuar la pérdida de la batalla de Vitoria. Según cálculos, cuya enumeración fuera prolija, creemos más exactos, á lo menos más aproximados á la verdad, los guarismos que aquí presentamos. De todos modos la diferencia no es más que de cuatro ó cinco mil hombres. Debemos añadir que el mariscal Jourdan tiene razón sobrada contra los guarismos alegados por el ministro de la Guerra, como que son falsos á todas luces. (N. del A.)

go, convenía servirse lo mejor posible de las localidades para compensar la inferioridad del número y adoptar medidas, ya que no el 19 por la noche, á lo menos el 20 por la mañana, pues era de esperar que los ingleses, llegados á los Pirineos al par que nosotros, no nos dejaran mucho espacio para que hiciéramos allí asiento. Durante la misma noche del 19 conviniera desembarazarse del inmenso convoy, formado por los enfermos, los heridos, los expatriados y el material, y compuesto de más de mil carruajes, porque constituía un horrible estorbo si había que venir á las manos, y produciría un desastre seguro si había que apelar á la retirada. Despachándolo aquella misma noche y escoltándolo nada más que hasta la cuesta de las Salinas, donde el general Foy debía encontrarlo, se pudiera conseguir quizá que volvieran á tiempo las tropas que le acompañaran hasta este punto. Ya libres de este embarazo, se deberían establecer perfectamente sobre la llanura de Vitoria. Habiendo intentado los ingleses rebasar nuestra derecha de continuo, probablemente iban á seguir la misma maniobra; y viniendo de Murguía, lo natural era que aspirasen á desembocar por entre los pasos del monte Arrato en la llanura de Vitoria, lo cual les llevaría á las márgenes del Zadorra, que, según hemos dicho, corre á la falda de dicho monte. Aun cuando este río fuera poco caudaloso, se podría dificultar su paso, rompiendo todos sus puentes y cubriendo sus vados de artillería; cosa haccedera, pues traíamos una masa enorme de cañones. Ahora bien; se necesitaba no sólo hacer difícil este paso, sino casi imposible, pues atravesando el Zadorra, podía el enemigo caer sobre la espalda ó al menos sobre el flanco de nuestra hueste, alineada en el llano de Vitoria, y dando frente al desfiladero por el cual se penetra en ella al venir de Miranda. Este desfiladero, por entre el cual se escapa el Zadorra, según dejamos ya indicado, y que se llama el desfiladero de la Puebla, era el segundo obstáculo que se debía oponer al enemigo, y se necesitaba estudiar bien el terreno, con el fin de buscar los mejores arbitrios de sustentarlo. Para esto había una posición, cuyas ventajas probó el suceso y que proporcionara la manera de impedir á los ingleses todo acceso á la llanura. Efectivamente, haciéndose algo atrás, en lo interior de la misma llanura de Vitoria, se encontraba una cumbre, la de Zuazo, que permitía ametrallar al enemigo cuando desembocara del desfiladero ó descendiera de las alturas de la sierra de Andía, y arrollarle allí luego, cargándole á la bayoneta después de cubrirle de metralla. Bastante próxima esta posición á Vitoria y á los pasos del monte Arrato, por donde los ingleses amenazaban desembocar sobre nuestra espalda, consentía que se tuviera todo á la vista y al alcance, y se proveyera de pronto á las diversas ocurrencias. Posible era de consiguiente defender la llanura de Vitoria con las tropas que se tenían á la mano y esperar allí al general Clausel sin riesgo, cortando los puentes del Zadorra y ocupando esmeradamente la cumbre de Zuazo. Finalmente, á todas estas precauciones se debiera añadir la de enviar al general Clausel no paisanos mal pagados, sino un regimiento de caballería, á fin de renovar la indicación del punto de reunión de un modo exacto. Según ya hemos dicho, contábamos más caballería de la necesaria sobre el terreno donde se iba á trabar la lucha.